

¿Por qué inmigraste a los Estados Unidos?

La década de los 80 y principios de los 90 fue un periodo tumultuoso en el Perú. Un grupo Maoísta, conocido como Sendero Luminoso, y otro Marxista-Leninista, conocido como el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, crearon un ambiente de pánico y terror en la zona andina y la capital del país. Estos grupos tenían como objetivo derrocar el gobierno. Como tal, su estrategia incorporó actos terroristas donde los puentes, las plantas eléctricas, túneles y edificios gubernamentales eran objetos de bombardeo. Miles de personas inocentes perdieron su vida en una guerra entre estos grupos y el ejército. Los apagones, toques de queda y paros armados estaban al orden del día. Escuelas y universidades experimentaban redadas de parte del ejército para así “proteger las mentes jóvenes”.

En aquel ambiente caótico, la juventud no tenía muchas opciones para obtener una buena educación. Los adolescentes tenían temor de cumplir 18 años y ser forzados a servir en el ejército. A la edad de doce años mi futuro en mi país se veía muy oscuro.

Mi padrino emigró a los Estados Unidos a fines de los 80, y en 1994 le pidió a mi papá que me permitiera mudarme y vivir con él. Así que a los doce años deje a mi familia y amigos atrás y aborde un avión con destino al norte. Mientras cruzaba la cordillera de los Andes y el resto del continente, las palabras de mi padre se repetían en mi corazón: “no dejes que nada se interponga ante tu educación.”

¿Cómo te ayudó tu fe/iglesia con la transición?

El dejar a mi familia entera abrió un abismo en mi corazón. Ese vacío y soledad que experimente fueron vencidos poco a poco gracias a los diferentes consuelos que recibía de Dios a través de la Iglesia y los amigos que me rodeaban. Poco después de mi llegada me involucre en la iglesia como un monaguillo junto a mis amigos. Conocí a un par de sacerdotes y mujeres que me invitaron y motivaron a tomar cargos de liderazgo. Estas experiencias nutrieron mi fe y me permitieron ver que con Dios nada se desperdicia.

Todos los obstáculos en la vida los encaro porque mi fe me da la fortaleza para hacerlo. Hasta el día de hoy yo estoy de pie gracias a que Dios llenó el vacío de mi corazón con su profundo amor.

¿Cuál es tu esperanza?

Mi esperanza es que junto con mi esposa podremos darles el regalo de la fe a nuestros hijos. Dios nos ha sostenido a ambos en momentos difíciles. Dios ha hecho maravillas en nuestras vidas, y nuestro hijo e hija son el mejor ejemplo del tremendo amor que Dios nos tiene. Espero que el amor que les damos a nuestros hijos le transmita la fe que es lo único que nos puede ayudar a sobrepasar cualquier obstáculo.